

## Experiencia e inmediatez en la poética de Hugo Padeletti

María Gabriela Milone

Escuela de Letras, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, CONICET

### Resumen

Este trabajo se propone indagar la producción poética de Hugo Padeletti atendiendo fundamentalmente a aquello que el poeta mismo ha nombrado como las “experiencias estético-místicas” de las que se nutre su obra.

Se postula que la experiencia poética padelettiana es la de la contemplación acontecida en un tiempo detenido, incluso en el no-tiempo del instante. Se trata pues de una atención serena de la mente que ve los cuerpos y las cosas en su inmediatez, sabiendo que en ese instante radica lo sagrado innominado.

Se retomarán algunas postulaciones teóricas sobre la categoría de experiencia de Roger-Pol Droit y de Philippe Lacoue-Labarthe; y sobre las nociones de inmediatez e instante presentes en *Lo Neutro* de Roland Barthes (2002) y en *Filosofía de la expresión* de Giorgio Colli (1996). De este modo, se abordará la producción poética padelettiana en función de la experiencia de la atención dada en el vacío del pensamiento, acontecida en la inmediatez de las cosas, entendiendo por inmediatez a la experiencia de esa vida inviolada por los conceptos, intocada por el discurso, incondicionada por la lógica, sagrada, en suma, por mostrarse como un afuera del pensamiento y del lenguaje.

“Vivimos en la inmediatez pero no lo sabemos”, afirmaba Giorgio Colli (Aragay Tusell, 1993: 198). Y nos preguntamos, ¿es esto posible, vivir donde no se sabe? ¿Acaso es esto lo enteramente posible, no saber dónde se vive? Y más aún, ¿no estaríamos vislumbrando mediante estas incipientes preguntas uno de los rasgos de un tipo particular de experiencia poética, vale decir, la experiencia de lo que acontece sin mediaciones, sin nombres, de eso que está ahí, de eso que *hay* y que se vive, de lo que se experimenta y de lo que no puede saberse más que como gustarse?<sup>1</sup>

No sabemos dónde vivimos y vivimos en la inmediatez de las cosas que desconocemos. Algo nos indica (un recuerdo, para Colli) que hubo y que hay una inmediatez no representable, que hay un presente que no está en el tiempo tal como lo estaría el lenguaje, el nuestro, ese del que Giorgio Agamben enseñaba que comparte el mismo lugar negativo e impensado que la muerte. Eso, lo que no puede pensarse porque forma parte de lo no representable, conforma ese fondo de la vida en el que vivimos aunque no lo sepamos, eso que no viene al lenguaje sino por un recuerdo, no de lo que ha sido –porque escapa al tiempo– sino de lo que es, aunque no pueda siquiera decirse que sea.

Fondo inmediato de la vida, o (todavía en términos de Colli) inmediatez en la que el hilo del recuerdo se rompe para abrir el abismo de un instante en el que acontece un contacto con lo no representable. Fuera de la distinción sujeto-objeto, algo diferente a lo representable acontece, ha acontecido siempre, salvo que no lo sabemos; algo, un contacto, un punto en común entre la vida que vivimos y que creemos saberla, y la vida que vivimos sin saber que la vivimos. Ese contacto, punto o éxtasis de la conciencia, es de lo que creemos se nutre la experiencia poética de Hugo

1 “Se puede vivir algo sin saberlo, y este es precisamente el caso de la inmediatez. Si hay un saber, es que hay alguien que sabe y algo que se sabe: pero es esto precisamente lo que no se puede establecer en el origen de los recuerdos primitivos. Entonces, si de lo que sabemos no puede decirse sino que es algo, ¿habrá que concluir que el vivir de cierto modo no es nada en sí y que existe únicamente en el recuerdo que le sigue? La conclusión es correcta si se sigue –y no se puede no seguirlo– el hilo de la representación: sin embargo, permanece inexplorado algo que forma parte de la vida pero que no se puede hallar en el tejido representativo y cuya continuidad pone en peligro, dondequiera que se pretenda objetivarlo o fijarlo en el conocimiento.” (Colli, 1996: 64-65)

Padeletti (Alcorta, Santa Fe, 1928), experiencia del instante y la atención, experiencia de lo inmediato y el vacío que acontece en un tiempo detenido, un *ahora* sin determinaciones. Experiencia de lo sagrado, en suma, pero sin dioses ni iglesias, experiencia de lo sagrado –decimos– indiferenciado, juego que se juega en el fondo de lo que vivimos sin saber.

Si bien Padeletti remite fundamentalmente esta experiencia del instante y la atención al descubrimiento personal y posterior práctica del budismo, no reduce este aspecto clave de su poética al ámbito específico del Zen. De ahí que esta cuestión sea susceptible de ser abordada desde los aportes teóricos que venimos comentando de Colli en torno a la inmediatez, y de algunas nociones sobre la atención que luego introduciremos y que tomamos de Maurice Blanchot.

Una pregunta –acaso un desastre– se impone, se ha impuesto siempre a toda experiencia que se manifiesta como absolutamente intransferible en el mismo momento en que se hace: ¿cómo lo inmediato –lo que vivimos sin saber– puede devenir en algo mediato –acaso un poema que hable de lo que no tiene representación, de algo tan anterior y primordial de lo que no puede pensarse más que como recuerdo–?

El inicio de “Demetrius on style” de Padeletti parece indicar un camino: “Es la seda o la vida. La crisálida/ muerta, la abolida/ mariposa / son residuo. El poema/ es otra cosa. Es,/ de pronto,/ su propia mariposa” (1999, II: 144). Es la seda o la vida, vale decir, el tejido de las representaciones o la inmediatez extrarrepresentativa que vivimos como fondo de nuestra vida. Es la seda (el tejido) que tiene a la crisálida (la vida) como residuo. Y vale recordar la misma metáfora de la crisálida que usaba Georges Bataille para figurar ese momento de éxtasis cuando el yo se despoja de su saber y entra a la noche del no-saber, de esa vida cuyo fondo imposible se sume en una comunicación extática, experiencia interior y poética donde se abre el fondo de todos los mundos posibles.

La crisálida y no la seda; pero el poema, dice Padeletti, es otra cosa, acaso su propio devenir, el instante casual en que la experiencia se hunde en ese fondo inmediato, fondo para el que esta voz poética acuña un adjetivo que reitera en varias oportunidades: lo “inviolado”, lo que no ha sufrido ni tampoco admite ningún tipo de violencia. Inviolada, in-tocada, in-tacta, “poseemos la inmediatez, sin saberlo” (como vuelve a afirmar en otro lugar Colli) ya que la poseemos como contenido inadvertido, como “intensidad no mensurable del fondo de la vida” (Colli, 1996: 64).

Y es así que el “lugar del poema”, dice Padeletti, “es la atención, el foco” (“Demetrius on style”, 1999, II: 144), vale decir, intensidad sin medida contenida en la semilla cuyo ahora es sin tiempo, tal como la inmediatez es sin representación.

In-advertimos lo que vivimos, salvo por ese punto del instante en que se resquebraja el tejido de la vida y se apunta a lo que despunta como el punto del ahora. Sin embargo, aquí deberíamos también pensar tanto en el contenido inadvertido de la experiencia cuanto en la intensidad misma de la inmediatez; vale decir, tanto en la experiencia del instante –que se sabe inasible– cuanto en la de la espera propia de la atención que se abre a lo inesperado, espera que suspende el tiempo y la duración en un estado en el que se advierte lo inadvertido. Se trata de un “instante en punto” (“Es puro acontecer”, 1999, III: 189), como dice Padeletti, inmerso en un “estar abierto” (“No le digas a nadie que retengo”, 1999, III: 58).

Conservamos algo que es sin duración, pero que para advertirlo es necesario ese “escaso desasimiento” del que habla Padeletti, esto es, ese mínimo saber en el desposeimiento de todo lo conocido. El “contacto” que intente designar la inmediatez vivida pero no sabida “suspende sus impulsos de apropiación” (Colli, 1996: 39) y acontece en el punto de coincidencia entre lo desagregado del sujeto y lo desasido del objeto, en lo in-ubicable y lo des-temporalizado, en lo que es sin duración ni localización, en lo in-determinado de la espera atenta.

Afirma Colli que “para quien está en lo inmediato –y todas las cosas lo están– no es necesaria la demostración” (1996: 80), vale decir, que en la inmediatez no se trataría de una imposibilidad

radical de nombrar lo inmediato, de mediar lo que está fuera de toda mediación, sino de su in-necesidad: lo inmediato, vacío de la representación, abismo de la vida, no necesita demostrarse, acontece en un contacto donde desaparecen las distinciones y se suspenden las apropiaciones.

El poeta, por su parte, advierte esa in-necesidad y se pregunta: “¿Para qué registrar incidentes?” (“No le digas a nadie que retengo”, 1999, III: 58). Esto es, ¿con qué motivo anotar ese momento en el que algo pasa, aunque no sin dejar la experiencia de su destello de un ahora único, instante en el que la crisálida ya no es más que su residuo? Al poeta parece interesarle tanto el registro de esa experiencia única del instante cuanto el estado de ese “escaso desasimiento” concentrado en la experiencia de la atención, eso que nombra como “el estar abierto que me flecha” (“No le digas a nadie que retengo”, 1999, III: 58). Así, la experiencia del instante y la espera del instante, de la inmediatez y el despojamiento de la conciencia que se abre a lo inmediato, no tienden tan solo a registrar algo atendido que yacía in-advertido, sino también a concentrarse en la atención que se gana cuando se va hasta el fondo de las cosas (cfr. “Vayamos hasta el fondo”, 1999, III: 73).

Es el espacio de la atención el que se vislumbra, según Blanchot, como íntimo pero impersonal, ya que no puede afirmarse que haya un sujeto ni un objeto para la atención, es un estado de nadie, la espera misma en ese “puro acontecer” (Padeletti, “Es puro acontecer”, 1999, III: 188) donde nada interfiere en la apertura impersonal hacia la inmediatez. Dice Blanchot: “La atención es impersonal. En la atención, no soy quien está atento, sino que con una extrema delicadeza y mediante constantes e insensibles contactos, la atención siempre ya me ha despegado de mí” (1970: 205). Vale decir, que si lo inmediato cesa cuando surge la conciencia, la atención deja de ser tal cuando se la remite a una persona.

La atención, como des-pegar y des-hacer, pone al descubierto la violencia representativa y mira desde el revés de la trama, desde el fondo del tejido, el lugar de las cosas, el orden de las palabras. En la “oquedad” donde parece retumbar toda nuestra “vida residual” (Blanchot, 1970: 386), esa vida que creemos saber que vivimos “está como desocupada e inocuada. Siempre vacía, es la claridad del vacío” (Blanchot, 1970: 205). Vacía, sin residuos, sin restos, des-ocupada, la atención –en términos de Blanchot– se cifra para la voz poética de Padeletti en ese “vacío de las manos” que se enhebra a “una sombra, una ausencia, un resquemor” (“Hay un hilo que pasa por las cosas”, 1999, III: 31), hilo que pasa y no anuda, que enhebra y no ocupa, que se muestra y no demuestra, atención de nada y de nadie, impersonalidad delicada que nada toca sino que advierte el propio vacío en las manos, en consonancia con esa claridad vaciada del puro acontecer.

La espera sería entonces, para el poeta, ese “arsenal de actualidad/ que el sentir disperso no asume” (“Benteveo”, 1999, III: 39), puro presente sin tiempo, pura concentración desasida, máxima atención en un mínimo de vida –el salto de un pájaro, la rotura de una ola, la huella en la arena, la flor precipitándose hacia el vacío de su forma–. Ese mínimo de vida escapa, no se deja aprehender, es lo inadvertido y lo inaccesible, lo que –siguiendo a Blanchot– “es ajeno a cualquier forma de acceso” (1970: 394). Pero entonces, ¿estamos ante una paradoja?; esto es, ¿nos entorpecemos en una búsqueda aporética de acceso a lo inaccesible? ¿Equivocamos el lenguaje –y más aún, el pensamiento– cuando insistimos en esta experiencia de la inmediatez y de la atención acontecida en una espera suspendida? Apelamos nuevamente a las palabras de Blanchot: “la atención es espera (...) es el vacío del pensamiento orientado por una fuerza suave y mantenido en acuerdo con la intimidad vacía del tiempo” (1970: 205). Y Colli: “Desgarrado el tejido del tiempo, se abre en medio, el vacío en el que se precipita la inmediatez” (1996: 64).

De este modo, estamos ante un vaciamiento acontecido por el desgarramiento del tiempo, con una fuerza suave y delicada –nunca violenta– orientada a la impersonalidad de la atención y a la suspensión de la espera. Es una intimidad también, en un des-velo de lo que creemos conocer y un velar por lo desconocido e inmediato. Pero entonces, sino no hay sujeto ni objeto en

la espera, ¿cómo “el lenguaje es el lugar de la atención”, tal como afirma Blanchot (1970: 207)? Vale decir, ¿qué tipo de lenguaje se articula sobre el vaciamiento de la espera y el desgarramiento del tiempo? ¿Qué lenguaje conviene a la inmediatez precipitada en el intersticio donde se vislumbra el fondo de las cosas? ¿Qué lenguaje, que no traicione ni traccione con su mediación, se ajusta a la inmediatez? ¿Cómo señalar ese vacío sin la representación que lo anularía como vacío para ser otra cosa, mundo conocido, tejido de objetos, trama de la vida representativa? ¿Acaso se trata (siempre y cada vez más) de la imposibilidad que creíamos no tener que postular?

Lo que de todos modos no puede negarse es que las palabras en la experiencia poética de Padeletti dejan acontecer la presencia de las cosas, en tanto que lo que la representación pierde (la presencia, el temblor de lo inmediato) es recuperado por la palabra poética, por la atención puesta en el vacío donde acontece la vibración de lo inmediato. Por tanto, no parece aquí tratarse de una poética que se liga a lo in-decible, en tanto se entienda *indecible* como punto culminante de una experiencia y, por ende, como una barrera infranqueable del lenguaje. En todo caso, esa barrera funcionará para el lenguaje representativo, que se guía por la lógica conceptual y argumentativa, pero no para las palabras poéticas, que en su con-vocación desafían a lo indecible diciendo todo lo que pueden decir, esto es, lo inmediato, la cosa misma.

La cuestión no está por cierto en aquello que el lenguaje no puede decir, sino en todo lo que sí puede decir y que de hecho dice. Son las palabras las que, al decir, traen la cosa en su nombre. Por eso, no es lo indecible lo que experimenta esta voz, sino algo que podríamos pensar –en palabras de Agamben– como lo “máximamente decible”, como aquello que portan las palabras como su máximo de lenguaje en un mínimo de vida.<sup>2</sup>

“Donde empieza la conciencia, cesa lo inmediato”, insistimos con Colli, y es en la serenidad del pensamiento, en el despojamiento del yo y el desasimiento de la conciencia, en la pasividad de la experiencia poética padelettiana donde se aplacan los interrogantes y donde el lenguaje –poético a fuerza de inmediatez, delicado a fuerza suave de espera, puesto a indicar lo máximamente decible– se hace lugar de la atención.

Y el poeta, último siempre en hablar, responde con su voz concentrada, íntima, impersonal, atenta y desasida, para decir: “Hay solo un monumento de ventura/ confiable / para el vaso que espera: / la aventura / sin frontera, / de estar atento” (Padeletti, “Cuando todo se ofrece”, 1999, III: 221).

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 2004. *Infancia e historia*. 3<sup>o</sup> ed. (aumentada). Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- , 2008. *El lenguaje y la muerte. Un seminario sobre el lugar de la negatividad*. Valencia, Pre-textos.
- Aragay Tusell, Narcís. 1993. *Origen y decadencia del logos. Giorgio Colli y la afirmación del pensamiento trágico*. Barcelona, Anthropos.
- Barthes, Roland. 2002. *Lo neutro*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Blanchot, Maurice. 1970. *El diálogo inconcluso*. Caracas, Monte Ávila.
- Colli, Giorgio. 1996. *Filosofía de la expresión*. Madrid, Siruela.
- Padelletti, Hugo. 1999. *La atención. Obra reunida, poemas verbales – poemas plásticos*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.

---

2 Tomamos esta noción de lo “máximamente decible” de Giorgio Agamben, cuando en *Experimentum linguae* (2001: 214) habla de la posibilidad de hacer una experiencia de la lengua en la cual no sea la idea de lo “inefable”, de lo “indecible” o de lo “inenarrable” lo que esté en el centro de la cuestión, en tanto que estas nociones son las que ya están necesariamente implicadas en la posibilidad misma de significar del lenguaje. Esto es: el lenguaje significa en tanto se presuponga que haya algo que no puede decirse. Por lo tanto, una auténtica experiencia con la lengua se daría, no en la pregunta por lo que el lenguaje no puede decir, sino en la interrogación por lo que es “máximamente decible” para el lenguaje, por la cosa misma del lenguaje que, vuelto sobre sí mismo, suspenda el pensamiento discursivo y se potencie en la posibilidad de las palabras de decir todo lo que puedan decir.

MARÍA GABRIELA MILONE ES LICENCIADA EN LETRAS MODERNAS POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA, PROFESORA ASISTENTE EN LA CÁTEDRA DE HERMENÉUTICA Y BECARIA DEL CONICET. REALIZA SU TESIS DE DOCTORADO TITULADA *PENSAMIENTO FILOSÓFICO Y EXPERIENCIAS RELIGIOSAS EN LA POESÍA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA*. HA PUBLICADO *HÉCTOR VIEL TEMPERLEY. EL CUERPO EN LA EXPERIENCIA DE DIOS* (2003). ES COAUTORA DE *GEORGES BATAILLE. INHUMANIDAD, EROTISMO Y SUERTE* (2008) Y DE *LA ESCRITURA Y LO SAGRADO (BATAILLE. BLANCHOT. MARION. DERRIDA. FOUCAULT)* (2009).